

»Don Pío le sacó del paso dándole golpes en las espaldas, mientras Pepe Rodríguez hacía reír al resto de la reunión diciendo:

»—Por fortuna, los garbanzos son menudos; que si llegan á ser de los de Fuentesauco, acaba esto trágicamente.

»Sin duda D. Benito, que era de Fuentesauco, celebraría con demasiada frecuencia los garbanzos de su tierra, y de aquí la oportunidad con que Pepe Rodríguez hacía ver el inconveniente de los garbanzos gordos.

»Pero D. Benito, inspirado por la excitación del ahogo, replicó con gran tino:

»—Los garbanzos de mi tierra se deshacen en la boca, amigo D. Pepe, y no hay temor de que se atasquen.....

»—Pues sí, señores — dijo Orellana, siguiendo el tema anterior,—me parece una pretensión ridícula la de querer reformar la sociedad cuando no se cumplen siquiera los deberes elementales de un ciudadano. ¿Cree usted—agregó, encarándose con Sierra—que no es misión alta la de fundar una familia y dar hijos útiles á la patria?

»—¿Pero qué hijos puede dar quien vive sin ideales?—replicó Sierra.—Si nosotros nos contentamos con ganar un sueldo, echándonos después á dormir, nuestros hijos querrán júbilarse á los veinticinco años, y la nación se hundirá más que está. Aquí ya no hay más esperanza que la juventud intelectual, y si esta esperanza se pierde también, no habrá pa-

tria, ni nación; sólo habrá una gusanera.....

»—No lo tome usted por el lado patriótico—interrumpió Vila;—á mí no me va ni me viene con la patria, y lo que me interesa es resolver mi problema. Los que hablan de la patria son los peores, y yo creo que, si cada cual se condujera decentemente, no habría más que pedir.

»—No exageres, Perfecto — dijo Orellana;—eso que defiendes es de un egoísmo inadmisibile. Yo creo que debemos interesarnos por la nación, pero no reformándola, según el capricho de éste ó aquél, sino moralizándola y manteniéndola en la fe, y luchando por implantar el reinado de Cristo.

»—Amén—concluyó Pepe Rodríguez.

»—¿De modo—dijo Sierra,—que las generaciones se van á suceder unas á otras sólo para repetir constantemente los mismos actos? Eso sería aburridísimo. Tenga fe el que quiera ó el que pueda, pero que la humanidad no se pare, porque parándose á ninguna parte se va.

»—Es que hemos llegado ya, amigo mío—replicó Orellana,—y cuando uno llega adonde quería llegar, es insigne tontería seguir andando á ciegas. Yo me río de la agitación inconsciente de estos reformadores del día, que se dan aires de salvadores de la humanidad porque se preocupan por mejorar lo que antes han echado á perder. ¡Habrá majaderos!

»—Magnífico, Orellana— interrumpió Bo-

nilla;—te recomiendo que, en cuanto puedas, pidas traslado para mi pueblo, donde te hallarás como el pez en el agua.

»—¿De dónde es usted?—preguntó Aguirre.

»—De Toledo; y le aseguro á usted que entre vivir allá y que me ahorquen, no sabría qué elegir.

»—Pues yo he estado una vez en Toledo—dijo Orellana,—y me parece que viviría allí muy á gusto. Aquello es una ciudad verdaderamente española.

»—Vosotros llamáis españolas á las cosas petrificadas y muertas—repuso Bonilla,—y yo creo que se puede ser muy español yendo hacia adelante. Lo que ha dicho Sierra es mucha verdad; ese amor al reposo, á casarse y enjaularse sin mirar el porvenir, es un carácter de los jóvenes de hoy, lo mismo los tirios que los troyanos, y ese carácter es mujeril y revela una gran degradación. Hay que tener algo dentro de la cabeza y pensar alto. La mujer tiene como centro natural la familia, pero el hombre debe salirse de esta pequeñez y trabajar como si su familia fuera el mundo entero. Así es como progresa la humanidad.

»—Me sé de memoria todos esos sofismas—gritó Orellana;—ahora me sales con el cuento del progreso indefinido y de la evolución, que están ya mandados recoger. ¿Crees tú que es posible transformar la sociedad? Un paso más, y creerás que se puede transformar el hombre, y hasta aceptarás que procedemos direc-

tamente del mono, como aseguran los transformistas.

»—No hay que levantar falsos testimonios, interrumpió D. Mariano, que hasta entonces no había intervenido en la discusión.—Lo que aseguran es que las especies se transforman según ciertas leyes. Y aunque el mono es el animal que se aproxima más al hombre, han podido existir otras especies intermedias que desaparecieron ya.

»—Llámele usted hache—replicó Orellana.

»—Eso del mono me recuerda—dijo Pepe Rodríguez—un lance que le ocurrió á una criada de mi casa. Venía de visita mi profesor de Historia Natural, que era transformista, y la criada me había oído á mí decir que el profesor nos explicaba que el hombre venía del mono. Un día la criada no hacía más que mirar por detrás á mi profesor, y mi madre quiso saber porqué miraba tanto, y entonces la criada contestó:

»—Como ese señor dice que venimos de los monos, iba á ver si le asomaba el rabo por debajo de la levita.

»—Pues no crea usted que el disparate es tan grande—dijo riendo Orellana,—que yo he oído decir á un catedrático que el huesecillo ese que tenemos en salva la parte es el residuo del apéndice caudal que en otro tiempo tuvimos.

»—Esa—rectificó D. Benito—es la apófisis.....

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1926 MONTERREY, MEXICO

»—No ponga usted motes feos—interrumpió D. Pío.

»—Á ese huesecillo y al del codo los llaman los huesos de la alegría—dijo Sierra,—y la verdad es que no sirven nada más que para molestar.

»—Precisamente en su falta de objeto—insistió D. Mariano—debía usted ver, amigo Orellana, usted que defiende la finalidad de todas las cosas, un motivo para buscar el porqué de que ese hueso atrofiado esté donde está. ¿Usted sabe el porqué?

»—Eso que lo explique D. Pío—dijo con sorna Aguirre.

»—Ese hueso está ahí—contestó seriamente D. Pío—para que, cuando le dan á un hombre un puntapié, le duela mucho y se enmiende.

»—¿Le han dado á usted alguno?—preguntó amoscado Aguirre, mientras se miraban unos á otros los comensales.

»—Á mí no, porque los puntapiés se le dan al que huye, volviendo las espaldas, y yo no he hecho eso jamás. ¿Y á usted?

»—¿Á mí?.....—repitió Aguirre, mudando de color y levantándose.

»Al mismo tiempo D. Serapio, que estaba tan ronco aquella noche que apenas podía hablar, intervino para apaciguar á su paisano.

»—Hombre, parece mentira.....—fué lo único que se le entendió.

»—Eso es una ofensa que se me hace á mí personalmente—dijo Orellana.—Estamos aquí

pasando el rato como buenos amigos, y me parece una descortesía que se agüe la fiesta por una cuestión tan baladí.

»—Bien está—dijo Aguirre sentándose—ya arreglaremos el asunto después. Supongo—agregó dirigiéndose á D. Pío—que usted que da siempre la cara me la dará á mí cuando yo se la exija.

»—Ahora mismo si usted quiere—contestó D. Pío;—y á fin de que nuestros compañeros no se disgusten por causa nuestra, creo que podíamos en el acto zanjar la dificultad. Usted desea apelar á las armas, y yo propongo un duelo con las armas primitivas del hombre, con las manos. Vamos á echar el pulso, y al que venza por ser más fuerte se le da la razón, aunque no la lleve.

»—¡Magnífico!—gritó Bonilla, y todos le hicieron coro con diversas exclamaciones, entre las que sobresalían los ¡bravos! de Cook, que se deshacía de gusto.

»Aceptó Aguirre el desafío, y después de apartar un frutero y algunos platos que estorbaban, pusieron los contendientes los codos sobre la mesa y se cogieron las manos. La de D. Pío era fina como la de una señora, y la de Aguirre grande y apoyada en una muñeca hercúlea.

»Casi instantáneamente los nudillos de Aguirre golpearon repetidas veces en la mesa, con asombro de los comensales, que de pie rodeaban á los duelistas.

»—Espere usted que me apoye bien—dijo Aguirre.

»Y D. Pío contestó:

»—Apóyese usted cuanto quiera y eche las dos manos á la vez.

»Aguirre no aceptó esta libertad por lo pronto; pero, una vez que se vió dominado por segunda vez, echó las dos manos. Se mantuvo algunos segundos en equilibrio, pero después lentamente le hizo D. Pío dar con ambas manos en la mesa y aun levantar los codos.

»—Tiene usted una mano que engaña—fué lo único que dijo Aguirre, en tanto que todos los asistentes se disponían á probar también el pulso con D. Pío.

»Y éste los fué venciendo á todos los que probaron con una mano ó con las dos, como á Aguirre. El único que con ambas manos le sostuvo el pulso fué Cook, excelente gimnasta y gran ciclista, como representante que era en España de varias casas constructoras de aparatos velocipédicos. Y Cook decía que sus puños estaban acreditados hasta en Inglaterra.

»La entrada triunfal de la paella en manos de la propia D.<sup>a</sup> Paulita dió fin al certamen, y todos ocuparon sus puestos.

»Orellana, satisfechísimo, dijo á la criada que trajera algunas botellas de las que habían llevado para él aquella tarde, y Bonilla proclamaba las excelencias del duelo á pulso.

»—Hasta resulta más noble—decía—darse las manos en el acto de batirse, que no dárse las después del modo ceremonioso que se emplea en los duelos ordinarios. Ha sido una idea magnífica, D. Pío.

»—Y apropósito, D. Pío—dijo Orellana—¿sabe usted para qué he hecho el encargo del vino y de algunas otras cosas? Pues se trata de pasar el rato en el baile de la Zarzuela, y contamos también con usted.

»—Me extraña—contestó D. Pío—verle á usted tan sacado de quicio. ¿De cuándo acá?

»—Un día es un día, y yo, como quien dice, celebro mi despedida de la vida de hombre soltero. No hay que ser tan puritanos. ¿Usted viene desde luego?

»—Hombre, yo no me despido de la vida de soltero, porque afortunadamente no pienso casarme ni lo he pensado nunca. Ni creo que estoy para esos trotes, que no soy ya un muchacho como ustedes.

»—Pues si acaba usted de arrumbarnos á todos como trastos viejos.

»—Eso no tiene mérito, porque es en mí hereditario. Ya sabe usted que yo me llamo Cid de apellido, y en mi familia se conservaba la tradición de que el primer Cid que se estableció con los suyos en Aldamar poco después de la expulsión de los moriscos, era de los viejos Cides castellanos, descendientes de los Díaz de Vivar, que cambiaron el apellido en recuerdo del famoso Cid Campea-

dor. Y éste, según las leyendas, tenía la mano dura.

»—De todos modos, usted tiene más alientos que un joven y no debe ser tan meticuloso ni tan retraído. Un día es un día. Conque no hay escapatoria.

»Don Pío no contestó, quedándose absorto como quien desea recordar algo que no le acude á la memoria.

»Entretanto los comensales elogiaban la paella con frases que llenaban de satisfacción á D.<sup>a</sup> Paulita.

»—¿En qué piensa usted, D. Pío?—insistió Orellana, después de un momento de espera.—Se dirá que la idea del baile le recuerda á usted alguna historia antigua.

»—No hay tales historias antiguas ni modernas, ni yo he estado nunca en ningún baile de máscaras. Y si les dijera á ustedes lo que pienso, se reirían de mí, estoy seguro.

»—Dígalo usted, que no nos reiremos—suplicó D. Benito.

»—Ustedes no creerán—dijo D. Pío—que un hombre que no teme á nada ni á nadie en el mundo, tenga miedo de las máscaras.

»—¿Y usted tiene miedo?—preguntó asombrado Cook.

»—Yo tengo miedo, sí, señores—contestó D. Pío;—y si ustedes pensarán como yo, lo tendrían también.

»Todos alargaron las orejas y se prepararon á oír algún relato maravilloso.

»—La experiencia de la vida—prosiguió D. Pío—me ha dado la convicción de que yo domino absolutamente cinco de mis sentidos corporales, y de que en cuanto á ellos toca soy amo de mí mismo; más que amo, déspota. Pero hay un sexto sentido que no cae por completo bajo mi poder, y que es una puerta abierta por donde temo que llegue hasta mí, el azar, que juega y se divierte con todos nosotros, cuando nosotros nos abandonamos á él.

»—¿Y cuál es ese sexto sentido?—preguntó Orellana.—Porque yo creía que eran cinco solamente: ver, oír, oler, gustar y tocar.

»—Hay además el sentido de la orientación—dijo D. Mariano,—y el muscular ó de la resistencia.

»—No me refiero yo á esos—dijo D. Pío;—esos son variedades del tacto, y aunque sean sentidos distintos, no tienen importancia mayor.

»—Entonces será un sentido inventado por usted—dijo riendo D. Mariano.

»—Yo no invento nada—continuó D. Pío.—Ustedes habrán visto alguna vez una mujer vestida de máscara con un capuchón que la cubre por completo, y habrán experimentado una sensación extraña, y luego habrán pensado que esa sensación provenía de la idea de que aquella mujer era una beldad rara, algo desconocido, fantástico.

»—Eso es cierto—afirmó Sierra.—Y no hay mujer enmascarada que no parezca hermosí-

sima al mirarla al través del disfraz, al adivinar los ojos llenos de fuego y la boca encendida, y al ver asomar la garganta, que es bella en todas las mujeres.

»—Pues bien—dijo D. Pío;—esa idea vulgar es un gran error, que ha impedido que se ahondé en el asunto y se vea lo que hay dentro de él. Y hay muchísimo. No es que se adivine nada, ni que nos seduzca lo misterioso; es que recibimos directamente, sin intervención de los cinco sentidos, que el vulgo admite, la sensación del amor. Hay máscaras simpáticas y antipáticas, y si el amigo Sierra le parecen todas hermosísimas, es porque se acerca á las que le han inspirado simpatía. Y esta atracción ó repulsión no es cosa del sentimiento, sino de la sensibilidad; es una sensación como la del color ó el sonido. Como existe lo negro, ó negación de la luz, y la luz blanca ó indistinta, y por descomposición de ésta los colores del iris y sus matices; y como existe el silencio, ó negación del sonido, y el sonido indistinto, y por descomposición de éste las notas de la gama y sus variedades, así existe también la repulsión ó negación del amor y la atracción ó el amor indistinto, y por descomposición de éste, una escala de sensaciones amorosas, cuyas combinaciones forman el arte de la vida sentimental. En la pintura ó la música hay muchos que admiran las obras de arte, y hay también quien las crea pasando por el penoso aprendizaje del dibujo y es-

tudio de los colores ó del solfeo y ejercicios de ejecución. En el amor nadie ha creado jamás una obra propiamente artística, porque se desconocen las sensaciones elementales. Se ha escrito mucho sobre la psicología del amor, pero lo que se ha escrito tiene la misma utilidad que la crítica de las obras de arte. Y aun menos, porque en el amor los sabios estudian obras no de nuestro saber, sino de nuestro instinto; y tanto valdría estudiar como composición musical la serie de sonidos que, según la fábula cuenta, arrancó á una flauta el burro flautista.

»—Y qué ciencia ni qué arte quiere usted que haya en el amor?—interrumpió Orellana.—¿Está en nuestra mano amar ó dejar de amar, ó hacer las cosas de distinto modo que las hacemos?

»—Sí lo está—contestó D. Pío.—Y sólo un pudor mal entendido nos mantiene en la ignorancia que padecemos. ¿Qué diría usted de un hombre que para ver un cuadro cerrara los ojos y aplicara el oído, y para oír una sonata se tapara los oídos y abriera desmesuradamente los ojos?

»—Diría que era un estúpido—contestó Orellana.

»—Pues más estúpido es—dijo D. Pío—quien se enamora de una mujer viéndola, oyéndola, oliéndola, gustándola ó palpándola. Yo veo á una mujer, aun la más hermosa, como podría ver el pórtico de una iglesia. Y

la oigo, si tiene la voz agradable, como una sinfonía, y aun el roce del vestido al andar, que á otros tanto les seduce, á mí me suena á ruido de hojas secas, arrastradas por el viento. Y si va bien perfumada, me parece que estoy oliendo una caja de perfumes. Y si llega la ocasión de besarla y percibir su sabor, la gusto como podría gustar una fruta. Y si la toco y encuentro fina y sedosa la piel, me figuro que estoy acariciando á una gata. Y todo esto me ocurre porque yo he aprendido á conocer la sensación pura del amor y á separarla de las demás sensaciones, que poco, casi nada, tienen que ver con el amor. Se compadece al ciego ó al sordo porque les falta un sentido; más digna de compasión es la humanidad, que tiene un sexto sentido más importante que los otros, y no lo usa por ignorancia.....

»—No sé porqué — interrumpió Orellana con gravedad—me figuro que va usted á decir alguna inconveniencia de marca mayor.

»—Pues está usted muy equivocado, amigo mío—replicó D. Pío secamente,—y por sí ó por no hágo aquí punto redondo.

»—No haga usted caso del señor Orellana—dijo Pepe Rodríguez,—y díganos lo que nos iba á decir, que nos interesa de un modo extraordinario.

»—Yo también escucho con vivo interés á D. Pío—agregó Orellana,—y mi observación

no tenía malicia ni es motivo para que nos deje á media miel.

»—Otro día será—dijo D. Pío.—Por hoy baste saber que si los hombres ejercitaran su sexto sentido, evitarían los engaños del amor, causa principal de la bajeza humana. Nosotros vemos que el sol se mueve, y que un bastón introducido en el agua se quiebra, y que los objetos que están fijos se mueven en sentido contrario del tren puesto en marcha, y que dos largas hileras paralelas de árboles se van juntando hasta tocarse sus extremos; y rectificamos éstos y otros errores vulgares porque conocemos la sensación óptica y sus leyes y anomalías. En la atracción amorosa las anomalías son inmensas; pero no es posible corregirlas, porque se desconoce la sensación pura y se echa mano de otras sensaciones que nos engañan más aún. Yo puedo asegurar que jamás me enamoraré de una mujer como ustedes se enamoran; los cinco sentidos de uso corriente no sólo no me sirven para enamorarme, sino que me distraen y me libran de caer en el verdadero amor, que sería el que llegase á mi espíritu por el sexto sentido. Una vez vi pasar por mi lado una máscara con un capuchón negro que la cubría de pies á cabeza, y sentí una emoción que jamás había sentido en mi vida; era una mujer, y si yo la hubiera seguido, no estaría hoy con ustedes. Quizás era un monstruo de fealdad ó de depravación. ¿Qué im-

porta? Era una mujer que á mí me dió la sensación pura del amor, una sola, pero tan fuerte, que contra ella nada hubieran valido las de los otros sentidos juntos. Y he aquí por qué á mí me dan miedo las máscaras.

»—Dispense usted—dijo Vila—que no comprenda ese miedo. Porque si á mí me pudiera dar una máscara ese amor que usted nos pinta, yo la buscaría aunque tuviera que ir al centro de la tierra.

»—Porque ese amor—replicó D. Pío—le daría á usted la felicidad que usted desea.

»—Y ¿usted no desea la felicidad?—preguntaron á una Vila y Orellana.

»—No le doy importancia—contestó Don Pío.—Es una forma de la vida, pero no es la vida. ¿Qué ganamos con que á un tonto le adore una mujer y le haga feliz (cosa que á diario sucede), si el tonto continúa cometiendo tonterías y poniendo en ridículo á la especie humana? Y ¿qué se pierde con que un hombre de genio viva en la soledad y pase grandes amarguras, si la soledad y el dolor le inspiran nobles pensamientos que realzan á la humanidad, ofendida por el tonto feliz? Yo no soy enemigo del amor, pero sé que hay en el mundo algo más grande que el amor, y por este algo es por lo que yo vivo; y porque presentía que el amor sería un obstáculo en mi vida, lo sacrifiqué tiempo ha y huyo de él, y huiré mientras el cuerpo me haga sombra.

»—Y ¿se puede saber qué es para usted eso más grande que el amor?—preguntó Orellana.—Porque para mí lo primero es mi fe, y por ella lo sacrificaría todo; pero usted, que es bastante descreído, no sé qué pondrá en el primer lugar. Voy á serle enteramente franco; desde que le conozco le he tenido á usted por un hombre sin ideales, por un hombre tan hondamente escéptico, que no hará nada jamás, no por falta de inteligencia ni de energía, sino por falta de eso, de amor á algo que le saque de la quietud en que vive.

»—Es que yo me muevo por dentro—dijo D. Pío, sonriendo y levantándose.

Y ya de pie, cogió una copa de Jerez, que no había gustado hasta entonces, se la acercó á los labios y añadió:

»—Brindo porque al amigo Orellana no le falte la fe jamás.

»—Y yo brindo porque usted la tenga algún día—contestó Orellana levantándose.

»Al mismo tiempo, algunos comensales se disponían á brindar también, mientras otros tomaban los postres.

»—Yo brindo—dijo Vila, dirigiéndose á su compañero—porque pronto seas el notario que otorgue más escrituras en España.

»—Y yo—digo Bonilla—brindo porque se traslade á Toledo y deje la notaría para hacerse canónigo.

»—Pues yo brindo porque se case y tenga



una docena de chiquillos—dijo D. Mariano.

»—Yo porque sea cacique de su distrito notarial—brindó Pepe Rodríguez.

»—Yo brindo—dijo D. Camilo de Aguirre levantándose—porque vuelva alguna vez á Madrid á pasar un rato con nosotros.

»—Yo brindo—dijo Sierra—porque venga, pero no sólo á divertirse, sino como diputado, para defender en el Parlamento la causa de la moralidad y de la justicia.

»—Yo—dijo Cook, por no ser menos que los demás—brindo por su prosperidad, y porque esta prosperidad no le haga olvidar á sus amigos de Madrid.

»—Y yo—brindó D. Benito—porque con el tiempo sea notario donde yo sea farmacéutico.

»—Eso es lo mismo que si brindaras por tí—interrumpió Pepe Rodríguez.

»—Á mí me parece—dijo Orellana—que lo que ha querido expresar es su deseo de que vivamos cerca, y éste será también mi gusto, porque, aparte nuestras peleas, D. Benito es un amigo de corazón.

»—Señores—dijo D. Serapio,—yo no quiero quedarme sin brindar. Brindo porque el nuevo notario no tenga nunca ronqueras como la que á mí no me deja hablar.

»Todos los brindis merecieron la aprobación de la concurrencia; y no obstante el tono espontáneo y ligero con que fueron pronunciados, dieron al final de aquella comida cierto aire de gravedad que emocionó al buen

Orellana, el cual, agradeciendo á todos sus buenos deseos, dió rienda suelta á sus escasísimas facultades oratorias y dijo:

»—Poco más de un año hace que vine á Madrid, sin conocer á nadie y con el temor de perder el tiempo y recibir algunos desengaños. Pronto saldré de él con mi porvenir asegurado, y lo que es mejor, dejando amigos tan leales como ustedes, á quienes estimo como si les conociera de veinte años atrás. No es Madrid tan malo como dicen, pues el que trabaja algo y se porta como es debido, halla aquí quien le atienda, le aprecie y le ayude. Yo entré en esta casa por casualidad, y el trato que he recibido en ella ha sido excelente; he encontrado algunos amigos, y todos han sido excelentísimos; he luchado por ganar un puesto y lo he obtenido. ¿Qué más se puede apetecer? Yo creo que la mayor parte de los que se quejan se quejan de vicio, ó porque sus pretensiones son inasequibles por lo exageradas. Yo prometo solemnemente que do quiera que esté seré un defensor entusiasta de este Madrid, de que otros hablan tan mal, y guardaré vivo el recuerdo del año que aquí he vivido, y en particular de los amigos que dejo, cuya amistad no se ha de perder ni entibiar porque los azares de la vida nos lleven, hoy á unos, mañana á otros, en distintas direcciones. Convengamos, pues, en conservar esta amistad, y que Dios le dé á cada uno lo que le tenga señalado en sus inexcrutables designios.

»Con grandes aplausos fué acogida la proposición de Orellana. Todos le felicitaron, y los que estaban cerca le abrazaron, y cogiéndole en medio le condujeron hacia la puerta del comedor.

»—Señores—gritó Pepe Rodríguez,—antes de irnos propongo que se dé un voto de gracias á Doña Paulita por la perfección con que estaba guisada la paella.

»—Aprobado, aprobado—contestó la asamblea.

»—Por unanimidad—exclamó Pepe Rodríguez.

»Y todos, en tropel, salieron del comedor con gran estrépito.»

Aquí termina el capítulo primero, y único escrito, de *La nueva generación*, en el que el autor no puso ciertamente gran cosa de su cosecha, puesto que la mayor parte de los conceptos están copiados, con imparcialidad telefónica, del banquete original, al que asistió Vargas, aunque, por conservar su impersonalidad de novelista, se oculte y ponga en el sitio en que él estuvo á los falsos Sierra y Bonilla, cuyas razones son las únicas que hay que poner en cuarentena. Fuera de éste y de los otros reparos, ya mencionados, y de alguna pincelada caprichosa en el discurso final de Orellana (en el que Vargas, como buen madrileño, más que como fiel cronista, habla de Madrid como de Jauja), estoy convencido de que los comensales hablaron como

Vargas les hace hablar, y no de otro modo. Para mí, lo más importante del banquete fué haber dado ocasión para que Pío Cid, por no desairar á un amigo á quien acaso no volvería á ver, se decidiera, aunque á disgusto, á ir al baile de máscaras; pues sin esta condescendencia quizá se hubiera muerto de viejo en una casa de huéspedes, y yo no tendría que escribir la historia de sus trabajos. ¡De tal suerte los hechos menudos é insignificantes trastornan la vida de los hombres, aun la de los más experimentados y dueños de su voluntad! Pío Cid tenía, como Aquiles, un solo punto vulnerable, el sexto sentido misterioso, que, por la imprudente interrupción de Orellana, nos hemos quedado sin conocer; y su mala estrella quiso que en el baile de máscaras recibiera la herida de amor que él, con su claro espíritu, presentía.

Muy largas eran ya las doce en el reloj de Gobernación cuando Orellana con D. Benito, D. Mariano y Pepe Rodríguez volvía del café á la calle del Arenal á recoger las provisiones que pensaba llevar al teatro. Pío Cid se fué con ellos, y reunida en el café toda la pandilla, salió en dirección del teatro de la Zarzuela; se posesionaron de su palc6, y después de dejar en él las botellas y paquetes de fiambres, se desparramaron para dar la primera coleadá en el animado salón de baile, dejando solo á Pío Cid, que se distraía viendo desde su observatorio la abigarrada y bulliciosa cade-

na que formaban las apretadas parejas al recorrer la órbita del baile, mientras en el centro de la sala hormigueaba la concurrencia más inquieta, y en las butacas, puestas alrededor, descansaban los más pacíficos ó más fatigados.

Eran más los hombres que las mujeres; y como sólo las mujeres iban disfrazadas, predominaba en el baile el tono obscuro de la ropa masculina. Así, paseando la mirada sobre este fondo uniforme, casi se podía ir contando las máscaras. Notó, pues, Pío Cid, á poco de entrar, un grupo de seis máscaras, sentadas casi enfrente de su palco. Todas iban vestidas ó encapuchonadas de negro, con vivos rojos, como una bandada de pájaros ó como personas de la misma familia. Unas antes, otras después, iban saliendo á bailar cuando alguien las invitaba, y volvían luego á sentarse en el mismo sitio, en el que quedaban siempre dos por lo menos de la banda. Y Pío Cid notó también que las dos eran siempre las mismas.

Maquinalmente se levantó, bajó al salón, y después de dar una vuelta por el centro, se acercó á las dos máscaras é invitó á bailar á una de ellas, que era más alta y más delgada que la otra. La máscara dió las gracias, y se excusó diciendo que estaba fatigada. A lo cual replicó Pío Cid:

—¿Cómo está usted fatigada si no ha bailado ni una sola vez?

Y diciendo esto, se sentó al lado de la más-

cara, que, oyendo aquella pregunta y viendo aquel descaro, dijo con voz un tanto agria:

—Le advierto á usted que esa butaca está tomada.

—Ya lo sé—contestó Pío Cid,—y conirme cuando llegue quien se sentaba en ella, estoy cumplido. Pero antes, ¿qué mal hay en que yo insista una y diez veces para que usted baile conmigo?

—¿Nada menos que diez veces va usted á insistir?—preguntó la máscara con voz algo melosa, pero penetrante como el maullido de un gato.

—Diez no—respondió Pío Cid,—porque usted no es capaz de negarse nueve veces. Ya sé que hasta ahora no ha querido usted bailar con nadie; pero yo tampoco he venido á bailar; y, ahora que me acuerdo, ni siquiera sé bailar, ni me hace falta, puesto que usted no es aficionada al baile. Si á usted le parece, daremos un paseo por la sala y le haré á usted una pregunta que me interesa mucho.

—Mamá—preguntó la máscara á la de al lado,—¿quieres que dé una vuelta y vuelvo en seguida?

—Bueno—contestó la mamá;—pero que no tardes.

Pío Cid se había puesto de pie y ofreció el brazo á la máscara, que apoyó en él apenas la mano. Ambos cruzaron la corriente de los danzantes y se perdieron en los grupos del centro de la sala.

—¿Sabe usted porqué he salido á dar una vuelta?—dijo la máscara, sin que Pío Cid le hubiera dicho ninguna palabra.—Pues porque me ha extrañado que tuviera usted el atrevimiento de querer bailar sin saber.

—Eso no es atrevimiento, sino distracción—dijo Pío Cid.—Yo deseaba acercarme á usted, y tomé el pretexto del baile como pude tomar otro.

—¿Y cómo, sin conocerme — preguntó la máscara, —deseaba usted acercarse á mí y hablar conmigo?

—Precisamente para conocerla — contestó Pío Cid.—Es decir, yo la conozco á usted espiritualmente, y me figuro cómo es su rostro y su cuerpo. Poco me falta ya que conocer.

—¿Es usted adivino?—preguntó la máscara.

—No lo soy; pero al verla á usted con disfraz he tenido que figurármela de algún modo, porque soy impaciente y no podía esperar á que se descubriera.

—Y ¿cómo se ha figurado usted que soy?—interrumpió la máscara con viveza.

—Tiene usted—contestó Pío Cid con aire de seguridad—los ojos grandísimos y negros. Más le diré: el antifaz, que á otras mujeres las agracia porque deja ver los ojos casi por completo, á usted la desfavorece, porque oculta lo mejor que hay en su rostro.

—Usted me dice eso para que me descubra—dijo la máscara.—Usted cree que yo soy

una mujer á quien conoce, y desea salir de dudas.

—Yo no he visto á usted nunca—dijo Pío Cid,—ni usted me ha visto á mí tampoco hasta hoy. Pero yo la conocía á usted, y la he reconocido mirándola desde aquel palco. Si quiere usted venir conmigo.....

—Usted está viendo visiones—dijo la máscara, dejándose llevar fuera del salón.

Y mientras subía las escaleras apoyada en el brazo de su acompañante, preguntó á éste con voz natural, poco diferente de la fingida con la que hasta entonces había hablado:

—¿Es usted marino?

—Yo no soy marino.....—contestó Pío Cid sonriendo, porque le agradó la perspicacia con que la mascarita había notado su aire rudo é insociable, que algo se parecía al de la gente de mar.

Y luego, como si completara su pensamiento, añadió, mirando fijamente á la máscara:

—¡Esos ojos sí que son la mar!

Entraron en el palco, que estaba solo, y la máscara avanzó algunos pasos para ver el sitio donde sus compañeras se sentaban; luego se retiró al fondo para no ser vista. Pío Cid le ofreció una copa de vino y le mostró un paquete de chucherías por si deseaba tomar algún bocado. La máscara rehusó al principio, y aceptó después una rodaja de salchichón y algunas galletas; y como el disfraz le

estorbaba, se echó atrás el capuchón y se levantó un poco el antifaz, dejando ver la barba, pequeña y redonda, y la boca, algo grande, de labios rojos muy bien dibujados, entre los que asomaban dos hileras de dientes blanquísimos.

—¿No quiere usted dejar ver sus ojos?—preguntó Pío Cid con tono familiar.

—No quiero que sufra usted un desengaño—contestó la máscara con cierto aire de preocupación, que decía lo contrario que las palabras.

—Usted sabe—insistió Pío Cid—que no ha de haber desengaño, sino sorpresa agradable. Yo sé cómo son sus ojos porque los he visto. ¿No dice usted que yo veo visiones? Pues los he visto en una visión que tuve la noche pasada.

—Entonces no tiene usted necesidad de verlos,—replicó la máscara.

—Al contrario, deleita más—dijo Pío Cid—ver en la realidad lo que ya se ha visto en sueños.

La máscara no se hizo rogar más, y descubrió por completo su rostro, que era de bella y rara expresión. Pío Cid se quedó sorprendido, mirando aquella extraña mujer; los ojos eran inmensos, como él los había adivinado, y las facciones muy semejantes á las que él se figuraba; pero él había ideado una belleza que tenía algo de raza negra; una mujer morenísima, de ojos brillantes y cabellera fuerte

y rizada, en tanto que aquella joven tenía la tez clara, los ojos lánguidos, soñadores, y el cabello fino, sedoso. La joven le miraba con inocente coquetería, y él le preguntó:

—Tiene usted el tipo acabado de una criolla. Usted es española, pero no es de España.

—¿De dónde cree usted que soy?—preguntó la joven.

—El acento es español, casi andaluz; pero yo diría que es usted cubana.....

La joven se echó á reír, y por la risa comprendió Pío Cid que no se había equivocado.

Carlos Cook y D. Benito entraron en el palco con unas máscaras, y la joven se bajó el antifaz y se echó el capuchón.

—Vámonos—dijo Pío Cid, mientras D. Benito le decía:

—Vaya, maestro, que usted también se arregla como puede.

—A ver si esa mascarita es la del sexto sentido,—agregó Cook en tono jovial.

—¿Porqué le ha llamado á usted maestro ese amigo?—preguntó la joven, apoyándose de nuevo en el brazo de Pío Cid.

—Porque le doy lecciones—contestó éste echando á andar.—Somos compañeros de casa.

—Es extraño—dijo la joven;—yo no me figuraba que usted diera lecciones.

—¿Qué había pensado usted de mí?—preguntó Pío Cid.

—Nada. Que era usted un hombre raro—

contestó la joven.—Pero—añadió deteniéndose—por ahí vamos á la calle.

—Sí, vamos á respirar un poco, que aquí se asfixia uno. Volveremos muy pronto.

—Es que si tardo me van á reñir—replicó la joven.

—No tenga usted cuidado, yo iré con usted y no ocurrirá nada—le aseguró Pío Cid.

Y al mismo tiempo recogía su capa del guardarropa y se la echaba sobre los hombros á la joven con igual naturalidad que si ésta fuese una criatura de pocos años, diciéndole:

—Usted debe abrigarse bien, porque no estará acostumbrada á este frío..... Súbase también un poco el antifaz.

—Pues no he sentido ningún frío en los dos meses que llevo en Madrid..... Pero me parece un disparate salir ahora del teatro..... Y luego que yo apenas le conozco á usted.....—iba diciendo la joven, sin atreverse á volver pies atrás, como si un lazo misterioso la obligara á seguir al lado de Pío Cid.

Y este lazo era el temor de separarse de él y de perder de vista, quizás para no volver á encontrarle, á un hombre que le había llamado la atención, aunque sin despertarle gran simpatía.

Pío Cid debió de comprender esto, porque después de un rato de silencio, comenzó á hablar así:

—La invité á usted á pasear para decirla á usted algo que me interesaba, y para decirse-

lo á solas, en pocas palabras, me he atrevido á sacarla del baile. Antes de verla á usted, cuando sólo la conocía por figuraciones, había yo decidido acercarme á usted para no separarme más. Yo no sé qué sentimiento es éste que yo tengo ahora, y casi puedo asegurar que no es amor, porque ya soy viejo para enamorarme; podría ser padre de usted, y si no la miro con ojos de padre, tampoco me atrevo á hacer ninguna declaración de amor, que me parecería ridícula, porque no se me ocurre naturalmente y tendría que urdiría con frases artificiosas. Me gusta en todo la naturalidad, y lo natural en mí ahora es decirla que deseo que vivamos unidos, sea en la forma que fuere, porque de seguro esta unión há de crear entre nosotros algún grande y noble afecto, que en este instante no acertamos ó, mejor dicho, no acierto yo á prever. Por mí no hay dificultad ninguna, pues me hallo solo en el mundo, sin obligaciones ni ligámenes, y puedo cambiar de postura cuando se me antoje; pero usted tiene familia y no puede usted abandonarla ni yo meterme por las puertas de rondón.

La joven escuchaba estas inesperadas razones sin saber qué pensar ni qué decir. Había tenido muchos novios y había oído muchas declaraciones de amor; pero ninguna, ni á cien leguas, se aproximaba á la de Pío Cid, para la cual no había contestación preparada en el repertorio que ella, como todas las mu-

chachas casaderas, tenía para estos casos. Un momento pensó que aquel hombre no era raro solamente, sino loco de remate. Sin embargo, le hacía desechar este mal pensamiento la idea de que lo que él le explicaba era lo mismo que ella sentía. Ella tampoco estaba enamorada, ni podía estarlo, de una persona desconocida poco antes; y ella también deseaba seguir á su lado, como si hallara en él un protector que le inspirase igual confianza que un padre ó un hermano. Al fin, después de mucho dudar, rompió el silencio con una pregunta, la primera que se le ocurrió, al mismo tiempo que asomaba á la calle de Alcalá:

—¿Porqué no habla usted con mi mamá y con mi tía, que algunas veces han pensado admitir huéspedes?

—¿Viven ustedes solas?—preguntó á su vez Pío Cid.

—Solas, mi mamá, mi tía, mis tres primas y yo; pero no es seguro que estemos mucho tiempo en Madrid.

—¿Piensan ustedes irse á Cuba?

—No, á Barcelona, con una familia conocida.

Y al decir esto, la joven intentó soltar el brazo de Pío Cid y preguntarle porqué se dirigía á la acera opuesta.

—Vamos á la chocolatería de enfrente—contestó Pío Cid antes que le preguntara,—un momento nada más. Me ha interesado mu-

cho lo que me ha dicho usted, y desde luego estoy decidido á irme á vivir á su casa si me admiten, y á trabajar para que no se vayan de Madrid si está en mi mano hacerlo. Sólo que á mí me agrada la franqueza, y he de decir que voy por estar cerca de usted, y no sé qué van á pensar.

—Para decir eso—respondió la joven,—más vale que no vaya y se ahorra el viaje..... Pero no sé á qué venimos aquí—añadió al llegar á la puerta de la Chocolatería de Madrid;—yo no entro así como voy, y además se nos va á hacer muy tarde.

—Iremos á otra—dijo Pío Cid,—aquí cerca, donde habrá menos gente....., y si usted quiere, mi casa está á dos pasos, como quien dice; venga usted y verá mi madriguera.

—Vamos, no faltaba más, sino que yo fuera sola á su casa—dijo la joven, sin dejar de seguir á Pío Cid, y entrando con él por la calle de Peligros.

—Verá usted—añadió tranquilamente Pío Cid—cómo vivo, y viéndolo tendrá más confianza en mí, pues no sé porqué me figuro que usted cree á ratos que yo soy un loco ó un libertino. Ahora no hay nadie en mi casa, y no han de verla á usted, ni aunque la vieran la conocerían, ni aunque la conocieran perdería usted nada en ello. Voy á dejar mi cuarto mañana mismo, y quizás algún día le agrade á usted haber estado en él para saber dónde vivía yo al conocerla..... Porque no sabe-

mos lo que una simpatía que nace así, al azar, puede traer consigo; yo, sin más que esta simpatía, deseo ya saber cómo vive usted, y dónde y cómo ha vivido desde que nació; y si llegara á quererla de veras, como lo espero y casi lo temo, desearía conocer hasta sus más escondidos pensamientos y todas las vicisitudes de su vida, principalmente las penas que ha debido pasar y que le han puesto en los ojos ese velo de tristeza, que me entristece á mí también.

Con esta conversación llegaron á la calle de Jacometrezo y á la puerta de la casa, seguidos del sereno, al que al pasar le había dicho Pío Cid que viniera á abrirles. Cuando la puerta estuvo abierta, Pío Cid le dió unas cuantas monedas y le pidió algunos fósforos. La joven entró la primera, y ambos subieron las escaleras, yendo delante con un fósforo encendido Pío Cid, quien, al llegar al tercero, tiró del cordón que quedaba puesto todas las noches para que la criada no tuviera que esperar á los huéspedes rezagados, y abrió sin mover ruido. Ambos entraron en el cuarto de enfrente de la puerta, y mientras la joven, fatigada, se sentaba en un sillón colocado delante de la mesa, Pío Cid encendía otro fósforo y buscaba la palmatoria que solía estar sobre la mesa de noche.

—Tiene esto gracia—exclamó después de echar una ojeada por la habitación,—me han dejado sin luz. La verdad es que, como yo no

la uso nunca, quizás me la quitaron hace tiempo, sin que yo lo haya notado hasta ahora.

—Y ¿cómo se arregla usted sin luz?—preguntó la joven, no comprendiendo aquella ocurrencia.—Se pasará usted la noche fuera de casa.

—Al contrario—respondió Pío Cid encendiendo otro fósforo,—es que me acuesto al oscurecer, y aunque no me acueste me gusta más, cuando estoy solo, estar á oscuras.

—Todas las cosas las hace usted al revés de los demás—dijo la joven.

—Voy por aquí fuera á ver si encuentro algo con que alumbrarnos—dijo Pío Cid,—antes que los fósforos se acaben.

—Mejor es—dijo la joven—que nos vayamos en seguida, no sea que se despierte alguien y nos vea.

—Espere usted un momento—dijo Pío Cid, echando otro fósforo y saliendo del cuarto.

La joven se levantó temerosa, y en el silencio y la obscuridad oyó la primera campanada de un reloj distante, aguzó el oído y contó los cuatro cuartos y luego la una, las dos, las tres y las cuatro. Aquel reloj parecía el cuento de nunca acabar.

—¿Usted no ha oído la hora?—preguntó á Pío Cid que volvía, sin haber hallado más que un pequeño cabo de vela en el cuarto de Don Benito.—Mire usted el reloj, porque no es posible que sean las cuatro.